

pronto, al avanzar por un camino profundo, el estampido siniestro de una explosión los aturdió. La máquina patinó hasta dar contra un árbol.

—¿Qué ocurre?— preguntó el general mientras rodaba por el suelo.

Lacrisse gemía sobre un montón de hojarasca.

Ernesto encendió un farol y dijo siniestramente:

—Ha estallado un neumático... Lo peor es que también se ha torcido el eje delantero.

de una explosión terrible...
 nel el momento de su muerte...
 a muerte por el...
 fue un ataque de...
 yó a esto...
 para...
 en la mano.

EMILIO

La señorita Bergeret permanecía silenciosa. De pronto sonrió; rara vez sonreía.

—¿De qué sonríes, Zoé?— preguntó el señor Bergeret.

—Pensaba en Emilio Vincent.

—¿Qué has dicho, Zoé? Piensas en el hombre bueno que acaba de morir, á quien queríamos, á quien lloramos, ¡y sonríes!

—Sonrío porque se me aparece como era muchos años atrás, y los recuerdos antiguos son más poderosos que la realidad presente. Deberías sin embargo saber, Luciano, que todas las sonrisas no demuestran alegría ni todas las lágrimas significan dolor. Es preciso que una solterona te instruya en todo esto.

—No ignoro, Zoé, que la risa es el efecto

de una excitación nerviosa. La señora Custine, al despedirse de su marido condenado á muerte por el Tribunal revolucionario, sufrió un ataque de risa en la cárcel porque vió á otro preso que pasó junto á ella en bata, gorro de dormir y con una palmatoria en la mano.

—Ese caso no puede compararse con el mio—dijo Zoé.

—No—respondió el señor Bergeret—. Pero recuerdo lo que me sucedió al enterarme del fallecimiento de la pobre Demay, que cantaba en los cafés coplas alegres. Estábamos en la prefectura un día de recepción. Worms-Clavelin nos dijo: «La Demay ha muerto.»

»Aquella noticia me produjo al pronto una tristeza decente. Reflexioné que la gordiflona mozuela ya no cantaría jamás aquello de

Casco las avellanas con las asentaderas;

sentí en mi interior toda la melancolía contenida en semejante idea, la destilé dentro de mi alma y guardé silencio. El secretario

general Lacarelle exclamó con su voz profunda, bajo sus bigotes nacionales:

»—¡La Demay ha muerto! ¡Qué pérdida para la jovialidad francesa!

»—Esta noche lo decía el periódico—añadió el juez Pilloux.

»—Efectivamente—dijo el general Cartier de Chalmot—; y también aseguran que ha recibido al morir los sacramentos de la Iglesia.

»Aquella sencilla frase del general inspiróme una idea repentina, extraña é incongruente. Me representé el fin del mundo tal como está descrito en el *Dies irae*, y según el testimonio de David y de la Sibila. Vi el mundo convertido en cenizas, imaginéme á los muertos que, al salir de sus tumbas, se presentaban apiñados ante el trono del Juez, obedientes á la voz del Angel; y entre ellos á la gordiflona Demay, en cueros, á la diestra del Señor. Ante aquella idea no pude reprimir una carcajada ruidosa que dejó atónitos á los funcionarios civiles y militares; y fué lo peor que, sin lograr sustraerme á tan ridícula visión, dije: «Ya verán ustedes cómo su

presencia quita todo carácter de seriedad al Juicio final.» Zoé: nunca hubo una frase menos comprendida ni más unánimemente rechazada.

—Eres absurdo, Luciano. Yo no tengo ideas estrambóticas. Sonreí porque me representé á nuestro amigo Vincent como era en vida. Ni más ni menos. Pero deploro su pérdida con todo mi corazón. Fué nuestro mejor amigo.

—Lo mismo que tú, Zoé, yo le quería mucho, y como tú estoy á punto de sonreír al recordarle. Era un personaje original, que supo conservar bajo su cara mofletuda y su cuerpo rechoncho un alma heroica. Su vida transcurrió tranquilamente en una capital de provincia. Era fabricante de cepillos en la calle de las Tintellerías, y aquel trabajo no colmaba sus ambiciones.

—Aún tenía menos estatura que tío Juan —dijo la señorita Bergeret.

—Pero era marcial, patriota y colonizador —añadió Bergeret.

—¡Un hombre honrado y bueno en toda la extensión de la palabra! —dijo la señorita Zoé.

—A los veinte años tomó parte en la guerra del 70. Yo, que acababa de cumplir doce, le creía ya un hombre maduro. Cierta día del año terrible entró con gran estrépito en nuestra tranquila residencia provinciana. Iba á despedirse de nosotros; llevaba un horrible uniforme de voluntario; sobre su cinturón rojo asomaban las culatas de dos pistolas de arzón. Y como hasta en las horas más trágicas hay motivos para sonreír, la fantasía inconsciente de un oscuro armero le había enganchado á un desmesurado sable de caballería. No me reproches, Zoé, este giro de lenguaje; lo he leído en una carta de Cicerón: «¿Quién—dice el orador—ha enganchado á mi yerno en esa espada?»

»De todo cuanto llevaba nuestro amigo Emilio Vincent, lo que me produjo más admiración fué aquel sable gigantesco. Conmovía mi alma infantil con una esperanza de victoria. Zoé, me parece que tú reparaste sobre todo en las botas altas, porque tus ojos dejaron de fijarse en la costura, y dijiste: «¡Andal ¡El gato con botas!»

—¿Dije «el gato con botas»? ¡Pobre Emilio!

—Tú dijiste: «¡Andal ¡El gato con botas!» Y no lo lamente, Zoé. La señora de Abrantes refiere en sus Memorias que una niña llamó también «gato con botas» al joven y flaco Bonaparte, un día que le vió ridículamente vestido de general de la República. Bonaparte le guardó rencor, pero á nuestro amigo, bondadoso y magnánimo, no le ofendieron tus palabras. Emilio Vincent fué destacado con su compañía á las órdenes de un general poco afecto á los voluntarios, que les dijo: «No basta disfrazarse, hay que batiarse, caballeros.»

»El amigo Vincent escuchó tan espeluznante arenga sin perder la serenidad. Su conducta fué admirable durante toda la campaña. Un día le vieron acercarse á las avanzadas enemigas con el aplomo de un héroe y de un miope. Como no veía más allá de sus narices, nada pudo hacerle retroceder. Durante los treinta años que le quedaron de vida, mientras fabricaba cepillos de cerda vegetal recordó continuamente sus seis meses de campaña. Leía los periódicos militares, presidía las reuniones de sus antiguos

compañeros de armas, asistía á la inauguración de los monumentos alzados en honor de los combatientes de 1870; desfilaba al frente de los obreros de su fábrica ante las estatuas de Vercingetórix, de Juana de Arco y de los Soldados del Loira, á medida que las iban construyendo; pronunciaba discursos patrióticos. Y ahora llegamos, Zoé, á un episodio de la comedia humana cuya chocarrería lúgubre será saboreada con el tiempo. Emilio Vincent se atrevió á llamar tramposo y traidor á Esterhazy en la época del proceso. Estaba seguro de lo que decía y era demasiado inocente para ocultar la verdad. Desde aquel día se le tuvo por un enemigo de la patria y del ejército y le tacharon de traidor y de extranjerizado. El sentimiento que aquello le produjo apresuró los efectos de su enfermedad cardíaca. Murió triste y sobrecogido. La última vez que le vi me habló de táctica y de estrategia. Era el asunto favorito de sus conversaciones. A pesar de haber presenciado en la campaña del 70 un desorden inmenso y una confusión espantosa, Emilio Vincent aseguraba

que el arte de la guerra es el de mayores armonías. Debí lastimarle cuando alguna vez le dije que no existía un verdadero arte de la guerra, y que las campañas militares ponen en juego todas las artes de la paz: la panadería, la administración, la policía, la química...

—¿Por qué, Luciano—preguntó la señorita Bergeret—, le decías todo eso?

—Por convicción—respondió el señor Bergeret—. Lo que se llama estrategia sólo es, al fin y al cabo, el arte que practica la Agencia Cook, y consiste sobre todo en cruzar los ríos por los puentes y en trasponer las montañas por las gargantas. En cuanto á la táctica, sus reglas son pueriles. Los famosos capitanes las desatienden; sin confesarlo, cuentan mucho con la casualidad. Su arte consiste en crear prejuicios que les favorecen; les resulta fácil vencer cuando se los considera invencibles. Únicamente después, al seguirla en el mapa, adquiere una batalla ese aspecto ordenado y metódico, atribuido á una voluntad superior.

—¡Pobre Emilio Vincent!—suspiró la se-

ñorita Bergeret—. Es cierto que le inspiraba mucho entusiasmo todo lo militar; y tengo, como tú, la certeza de que sufrió cruelmente cuando se le creía enemigo de la sociedad y del ejército. La generala Cartier de Chalmot fué implacable con Emilio Vincent. No pudo tener la menor duda respecto á la admiración que despertaban todas las fundaciones militaristas en aquel buen hombre; y sin embargo, le negó hasta el saludo al enterarse de que había llamado á Esterhazy tramposo y traidor. Fué implacable. Una tarde se presentó Emilio en casa del general, y la señora, intencionadamente, levantó mucho la voz para que el visitante no dejara de oír este recado impertinente:

»—Díganle que no estoy en casa.

»Y sin embargo, la generala carecía de perversidad.

—Es cierto—adujo el señor Bergeret—; pero entonces obró con la santa sencillez de que hubo ejemplos mucho más admirables en otras épocas. Ya sólo profesamos virtudes mezquinas. Aquel infeliz Emilio murió de pena.